

El magnolio

Yolanda Martínez Adrover



Capítulo 1

El magnolio

Desde la ventana, observa cómo la motosierra se acerca al tronco del árbol. Empieza a cortar la corteza oscura, rugosa, salpicando serrín por todas partes. El ruido es ensordecedor. Una lágrima resbala por su mejilla caliente, llena de rabia por la muerte de su amigo. El árbol se resiste.

Aquella fotografía congelada en blanco y negro ahora toma color y movimiento. La escena es cálida, una mañana de domingo, el sol en lo alto, refulgiendo al máximo pues ya eran cerca de las doce del mediodía. Lorenzo camina de la mano de su mamá, no sin cierta dificultad, hacia donde su papá había estado cavando un pequeño hoyo. La madre lleva en su otra mano un pequeño magnolio que plantará con ayuda de su hijo de un año. Corría la primavera de 1922. Aquel primer contacto con la tierra, sus manitas y uñas manchadas de negro, haría valorar a Lorenzo la sombra de aquella *Magnolia grandiflora* que tanto disfrutarían sus hijos, y sobre todo sus nietos. El niño ayudó a tapar suavemente las raíces de aquel arbolillo. Después lo habían regado juntos, él y su mamá, con la regadera verde a la que ahora, cien años después, el sol le había comido el color. El color de la esperanza, esta última se había perdido también.

O aquella otra fotografía, en la que Braulio y sus amigos, apoyados todos en el árbol, que ya daba algo de sombra, posaban con sus pantalones de pana y camisetas a cuadros en el descanso de un partido amistoso que disputaban en el césped del jardín. Todos sonrientes y satisfechos, alguno con la cara llena de pecas, y uno de ellos con sonrisa de granuja. Nadie entonces habría podido adivinar en la sonrisa de Braulio que un día, en un arrebato, acabaría con la vida de aquel ejemplar. El pequeño magnolio que había plantado su padre de niño y que ahora, siendo él padre de una hermosa niña, disfrutaba de su vasta copa ramificada y de su enorme sombra. El magnolio se había ido desarrollando y creciendo a lo alto y a lo ancho. Se celebraban comidas al aire libre, bajo su resguardo. Se instalaba en el verano un balancín para disfrutar de la lectura. En alguna ocasión se colocó una hamaca entre éste y la palmera junto al grifo, que todos fueron probando acompañados de un buen libro o una buena charla. Mencía había usado todavía esta hamaca cuando ya era mayor. Había pasado muchas tardes meditando, respirando el aire y el polen, y viendo pasar las nubes por encima de su cabeza. En sus ojos cristalinos se reflejaban, todas ellas con formas extrañas. A veces viajaban lento, otras,

lo hacían a toda velocidad. Tumbada en aquella hamaca había fantaseado con sus primeros amores, había leído sus primeras novelas de misterio y de amor, y también escuchado sus grupos favoritos de música rock, que comenzaban a fascinarle.

Habiendo alcanzado los veintiuno, un día su padre decidió talarlo, para poner en su lugar una Lagerstroemia indica de flores lilas, también llamada árbol de Júpiter. Su padre le había enseñado imágenes en el móvil para convencerla del absurdo plan. Una mañana, la despertaron los ruidos de la motosierra. Cuando se acercó a la ventana, el aparato rozaba ya la corteza de su árbol favorito, aquél que, en su infancia, acogió de buen grado un columpio tradicional hecho con madera y cuerda. El mismo hombre que había construido el columpio, y que había regado el árbol con esmero, hoy estaba a punto de destruirlo. Mencía no podía creerlo, no entendía qué se le había metido en la cabeza a su padre esta vez. Con ayuda de un familiar, Braulio acabó la faena a las cinco. Aquel asesinato les llevó toda la mañana y parte de las primeras horas de la tarde. Pero el árbol se resistió, dejó un buen toco por cortar, dado que no pudieron con él. Días más tarde, la inocente Lagerstroemia ocupaba ya el lugar del magnolio. Prometía dar flores lilas y al final floreció color rosa. Y sólo una vez, porque aquel árbol, de tamaño más bien mediano, se secó en cuestión de un año. Se murió. Cuando Mencía lo vio secarse poco a poco, a su mente vinieron las palabras justicia poética. No es que tuviera nada en contra del nuevo árbol, pero el hecho de haber talado al casi centenario magnolio le partía el corazón. Nunca entendió cómo su padre pudo hacer algo así. Sus razones siempre fueron que daba mucha sombra, que podría levantar la acera del jardín con sus raíces... todo aquello a Mencía le parecían excusas. Excusas para sacarse de en medio un árbol valiosísimo que habían disfrutado tres generaciones, la de su abuelo Lorenzo, la de su padre Braulio y ahora pretendía hacerlo ella con sus futuros hijos. Pero no hubo ocasión. Recordaba cómo le caían las hojas todos los días y ella se apresuraba a recogerlas para adecentar el jardín. Cómo sus hojas servían luego de abono para los kiwis. La cantidad de pájaros que construyeron su nido y la deleitaban con su canto. Pero desde entonces habían tenido que emigrar a las camelias vecinas.

La joven por su parte atravesaba una mala época, llevaba varios años tristonera. Nada le hacía sonreír. En su infancia había sido bastante feliz, pero el comienzo de su vida adulta se le estaba atragantando. Hasta que un día Mencía dijo basta. Introdujo algo en su bolsillo y se fue directa al jardín, su templo, donde ella alcanzaba la paz. Y decidió sacar del bolsillo lo que llevaba dentro, una puntilla bien afilada que acercó al interior de su muñeca. Su venas ramificadas color verdoso y violeta se diferenciaban perfectamente de la piel nívea. Cerró los ojos y apretó los labios, después

los abrió y se clavó rápidamente el cuchillo. Enseguida palideció. Lo mismo hizo con la otra muñeca hasta que se tambaleó y cayó boca arriba sobre la hierba. Sus ojos quedaron abiertos viendo las nubes pasar. Cristalinos, en ellos se reflejaba todo el cielo lleno de nubes blancas sobre un perfecto fondo azul. La primera gota de sangre corrió por el interior de su antebrazo derecho deslizándose hasta la altura del codo, una vez ahí decidió cambiar de dirección y caer sobre la tierra donde había sido plantada la Lagerstroemia indica que prometía ser de flores lilas.

El cementerio estaba desierto cuando el desconocido cruzó la puerta. Llevaba en la mano un ramo de flores blancas. Cogió un bote plástico de entre los muchos que había en el grifo del camposanto, y lo llenó de agua fresca. Llegó hasta la tumba de Mencía y colocó el recipiente con el agua basculante, y dentro el ramo de flores de magnolio. El del suyo propio, pues éste había rebrotado cuando la primera gota de sangre llena de vida tocó el suelo, y seguida de aquella vinieron más, hasta formar un hilo sanguino que alimentó a su árbol favorito, el magnolio amigo.